

¿ES BIDIMENSIONAL LA PERCEPCIÓN SOCIAL DE LA AGRESIÓN?

J. VARELA; C. ARCE; J. M. SABUCEDO

Universidad de Santiago de Compostela

Resumen

En este trabajo se analiza la taxonomía de las conductas agresivas propuestas por Campbell, Muncer y Bibel (1985). A partir de la utilización de cuestionarios abiertos y cerrados se procedió a la selección de 10 episodios agresivos personalmente experimentados por los sujetos. Dos muestras de sujetos (universitarios y reclusos) evaluaron cada uno de estos estímulos en términos de (di)similaridad percibida.

Los resultados obtenidos señalan que los motivos y la forma no son los dos atributos más importantes utilizados por los sujetos para percibir los episodios agresivos. También se plantea la necesidad de profundizar en el estudio de la taxonomía de la agresión, destacándose la incidencia que las variables socio-culturales tienen en esta cuestión, así como la utilidad del empleo de datos de proximidad y su consiguiente análisis por medio del Escalamiento Multidimensional.

Abstract

A taxonomy of aggressive behavior proposed by Campbell, Muncer y Bibel (1985) is reconsidered. First, by means of open-closed questionnaires, 10 aggressive episodes personally experienced by subjects were selected. Then, two samples (university students and prisoners) judged the perceived similarity between aggressive episodes.

The data analysis did not allow to interpret the underlying dimensionality as motives and form of the aggression. Finally, the relevance of the socio-cultural variables and the utility of proximity data and Multidimensional Scaling is emphasized.

Introducción

En cualquier revisión teórica que se haga de la agresión, llama la atención la gran controversia surgida en el intento de ofrecer un concepto unificado de la misma o, lo que es igual, la falta de acuerdo respecto a qué se entiende por agresión. Sin duda, la existencia de numerosas definiciones pusieron de manifiesto la heterogeneidad de actos que pueden ser agrupados bajo este término.

Fue precisamente esta heterogeneidad la que favoreció que muchos autores señalasen el hecho de que, a pesar de la literatura existente, apenas se haya comprendido qué se entiende por agresión, cuáles son las características que pueden definir a una conducta como agresiva y, sobre todo, cuántos tipos de agresión existen.

El intento por dar respuesta a estas cuestiones favoreció que se aceptase que la agresión no pueda

ser considerada como un concepto unitario sino, más bien, como un término «ómnibus» que conlleva importantes y distintas subclases de conductas.

A partir de este momento, muchos teóricos abandonaron las definiciones conceptuales y propusieron, como solución para incrementar la homogeneidad y avanzar en el conocimiento y predicción de la misma, hacer un esfuerzo por segmentar ese continuum de conductas en unidades lo más homogéneas posibles y, posteriormente, clasificarlas en subgrupos que compartan propiedades comunes.

Sin embargo, esta estrategia tampoco aportó demasiada luz al problema, ya que fueron numerosas las taxonomías propuestas y, sobre todo, se puso una vez más de manifiesto la falta de acuerdo entre los investigadores sobre cuántos tipos de agresión existen.

A nuestro entender, el escaso consenso existente entre los diferentes estudios taxonómicos, quizá se

deba al carácter especulativo de las clasificaciones propuestas y al hecho de estar basadas en criterios enraizados en la intuición o extrapoladas desde las teorías existentes. Tan sólo algunas han demostrado tener realidad psicológica y pocas han sido comprobadas; por ello, a este tipo de clasificaciones las denominamos «taxonomías teóricas».

Atendiendo a este tipo de clasificaciones, los psicólogos han distinguido los actos agresivos en términos de si la causa de la agresión se identifica en el arousal emocional, la frustración, el dolor, las influencias situacionales, las características y motivaciones sociales de los autores, etc. (Attili e Hinde, 1986; Blurton, 1972; Feshbach, 1974; Henderson, 1986; Neil, 1976; Perry y Perry, 1974; Schott, 1971; Tinklenberg y Ochberg, 1981; Wolfgang y Ferracuti, 1967, etcétera.).

Precisamente la ausencia de una adecuada taxonomía que permita clasificar los distintos actos agresivos y, sobre todo, el interés por evitar el carácter especulativo-teórico que diversos autores le atribuyeron a las existentes hizo que, en los últimos años, se desarrollara un interés especial por las unidades «naturales» de la conducta agresiva tales como los episodios agresivos.

Desde este punto de vista, y como alternativa a las aproximaciones anteriores, Bandura (1973), Cantor (1981) y Moscovici (1963, 1984), entre otros, propusieron que una comprensión de la etiología de la acción humana dependerá de la consideración de las conceptualizaciones que proporcionan los sujetos por sí mismos, lo que, llevado a la conducta agresiva, hace que diversos autores destaquen la gran «significación social» que poseen las diferentes formas de conducta agresiva (Forgas, 1976; Jones y Young, 1973; etc.). Por tanto, estos autores, están defendiendo que una Psicología de la agresión deberá incluir en su estudio la «representación social» que los sujetos poseen de un conjunto de episodios agresivos; más que restringirse a los esquemas de clasificación propuestos por los teóricos.

La búsqueda de esta taxonomía empírica ha sido emprendida en los últimos años, tanto por los psicólogos de la personalidad como por los psicólogos sociales. Una de las taxonomías más conocida es la defendida por Campbell, Muncer y Bibel (1985). De acuerdo con lo expresado por esos mismos autores, la suya es una taxonomía ecléctica. Esto es, a partir de una revisión bibliográfica, propusieron una clasificación-resumen de entre todas las taxonomías teóricas, destacando como características de agrupamiento los Motivos (Instrumental, Hostil, Normativo y Elevador de Estatus) y la Forma (Directa, Indirecta, Física y Verbal).

Pero lo más importante es que esta clasificación, a priori teórica, fue validada empíricamente mediante un estudio de percepción social en el que se confirmó que los sujetos «legos» utilizaban la consideración de los motivos y la forma para distinguir entre un conjunto de episodios agresivos, poniendo de manifiesto una clara correspondencia entre la taxonomía empírica y las clasificaciones teóricas.

A nuestro entender, el procedimiento empleado

por Campbell *et al.*, no fue capaz de superar las críticas que tradicionalmente se vienen haciendo a los trabajos clásicos, que intentaban escalar las percepciones individuales de las situaciones sociales (Forgas, 1976; Forgas, Brown y Menyhart, 1980; Rose y Press, 1956; Sherman y Dowdle, 1974; Thurstone, 1928).

El principal inconveniente del procedimiento utilizado por Campbell *et al.*, es que los episodios agresivos, utilizados como estímulos, fueron generados por los propios investigadores con el fin de dar cuerpo a las taxonomías teóricas previamente descritas. Es por ello que, aunque utilizan datos de proximidad entre pares de estímulos, no estamos seguros de que los resultados proporcionen información adecuada acerca de cuáles son las dimensiones perceptuales que subyacen a la representación cognitiva de un conjunto de situaciones agresivas, que suceden cotidianamente.

Sin duda, el hecho de no garantizar que fuesen representativos de lo que acontecía en la vida real, cuestiona la significatividad de estos juicios de percepción, ya que no pueden adaptarse al contenido cultural que demandábamos en este estudio de percepción social.

Desde este punto de vista, el estudio de Campbell *et al.*, no debe considerarse definitivo, ya que en cualquier investigación, encaminada al estudio de las dimensiones subyacentes a la percepción de los episodios agresivos, es fundamental que éstos sean representativos y que hayan sido experimentados por aquellas poblaciones en las que se va a llevar a cabo el estudio. En este sentido, cabe señalar que el objetivo del trabajo se realizará con un grupo de sujetos universitarios gallegos; sin embargo, y de forma paralela, se replicará el estudio en una muestra de delinquentes encarcelados con el fin de tener otro grupo de contraste perteneciente a otra subcultura y, sobre todo, porque los resultados que de aquí se desprendan resultarán muy interesantes para proseguir con la polémica de si la percepción de los episodios agresivos varía inter o intraculturalmente.

En la presente investigación se pretende comprobar si la aproximación bidimensional (motivos y forma), defendida por Campbell *et al.*, se ajusta realmente a la percepción que los sujetos legos tienen de diferentes actos agresivos, independientemente de la cultura a la que pertenezcan. Con el fin de obviar algunos de los problemas presentes en la investigación de Campbell *et al.*, solicitaremos a los sujetos que describan situaciones agresivas que puedan ser etiquetadas como instrumentales, normativas, directas, etc. Con estos episodios agresivos formaremos pares de estímulos y le preguntaremos a los sujetos acerca de la (di)similitud percibida entre ambos.

Para satisfacer los objetivos propuestos, se utilizarán datos de proximidad. Típicamente, con datos de proximidad, cada estímulo i ($i = 1, \dots, m$) se compara con todos los demás sobre una única dimensión de (di)similitud. Luego, los datos se ordenan en una matriz $\Delta = \{\delta_{ij}\}$ y se someten a un Escalamiento

Multidimensional, en orden a descubrir su estructura subyacente (Arce, 1989a).

Método

Sujetos

Se obtuvieron los juicios de 30 estudiantes de la Universidad de Santiago de Compostela, de los cuales 15 eran hombres y 15 mujeres. Su edad media era de 19,2 y su desviación típica 1,64. El más joven tenía 18 años y el mayor 23. También participaron 41 reclusos de los centros penitenciarios de La Coruña y Bonxe (Lugo), quedando finalmente reducidos a 30 por obtener, los 11 restantes, puntuaciones bajas de sinceridad en el cuestionario EPI (Eysenck y Eysenck, 1964). Su edad media era de 25 años, y su desviación típica de 2. El más joven tenía 19 años y el mayor 27.

La participación de ambos grupos de sujetos fue totalmente voluntaria y, en el caso de los universitarios, fueron considerados ingenuos porque aún no habían adquirido conocimientos teóricos sobre la agresión.

Muestra de estímulos

Dado el objetivo de nuestro trabajo, se decidió emplear episodios agresivos derivados de la combinación de los Motivos y la Forma. Sin embargo, a diferencia de los trabajos antes mencionados, y para permitir que los estímulos utilizados se adapten al contenido cultural que se demanda, se realizó un estudio piloto en el que requerimos a 46 sujetos universitarios y a 75 reclusos que describieran ejemplos de situaciones hostiles, instrumentales, normativas, físicas, verbales, directas, indirectas y elevadoras de *status*. Estas debían de ser tan personalmente experimentadas como pudiesen recordar, independientemente de dónde y a quién le hubiera sucedido.

Con esta información se construyeron los episodios agresivos, por separado para cada grupo de sujetos (universitarios y reclusos), teniendo en cuenta

ta dos criterios a la hora de seleccionar los estímulos: aquellos que tuvieran una frecuencia más alta en los cuestionarios «piotos» y aquellos que fuesen socialmente probables. De esta forma, fueron seleccionadas las 10 situaciones agresivas correspondientes a la muestra de sujetos universitarios que se muestran en la tabla 1.

Procedimiento

Se utilizaron dos tareas distintas que proporcionan dos tipos de datos: datos de proximidad y datos de perfil (Arce, 1989b). Los datos de perfil se obtuvieron evaluando los episodios agresivos sobre ocho escalas bipolares. La totalidad de las pruebas realizadas fueron cumplimentadas en días distintos y con diferente duración.

Las medidas de proximidad se obtuvieron comparando cada episodio agresivo con todos los demás. Cada par de situaciones agresivas fue presentado en hojas separadas en las que los sujetos tenían que juzgar la similaridad entre ambas en una escala de 7 puntos, cuyos extremos fueron etiquetados como «casi idénticos» y «casi opuestos» entre sí. El orden de presentación de los pares de estímulos fue aleatorizado entre los sujetos.

En la segunda tarea, los sujetos evaluaron cada uno de los episodios agresivos a través de las 8 escalas bipolares que se ofrecen en la tabla 2. El procedimiento seguido fue similar al propuesto por Osgood, Suci y Tannenbaum (1957). Cada situación agresiva aparecía en la cabecera de una hoja y, a continuación, se ofrecían las escalas bipolares. Las escalas fueron construidas en función de las etiquetas teóricas que configuran las supuestas dimensiones propuestas en las teorías de la agresión.

Descripción de los programas de ordenador utilizados

Para el análisis de los datos de proximidad se utilizaron dos programas de ordenador: el MINISSA y el INDSCAL. Si bien el objetivo de programas es el mismo, ambos realizan el escalamiento de los estímulos de manera muy distinta. El programa MINISSA utiliza un modelo no-métrico, mientras el programa INDSCAL es totalmente métrico. Además, el MINISSA es de dos-vías, mientras que el INDSCAL es de tres-vías. Arce y Gärling (1989) proponen 5 características que pueden ser de ayuda para describir más detenidamente estos programas: forma de la matriz de entrada, número de vías, número de modos, tipo de escala utilizada y condicionabilidad de los datos.

En este sentido, el programa MINISSA (Michigan Israel Nijmegen Integrated Smallest Space Analysis), desarrollado inicialmente por Lingoes y Roskam (1973) puede ser definido por las siguientes características: matriz simétrica, dos vías, dos modos, medida en escala de intervalo y datos condicionales.

TABLA 1

Episodios agresivos seleccionados para el grupo de sujetos universitarios

Situación agresiva	1. Indirecta-Física-Material
Situación agresiva	2. Indirecta-Verbal-Material
Situación agresiva	3. Indirecta-Elevadora Status-Física
Situación agresiva	4. Directa-Normativa-Física
Situación agresiva	5. Directa-Verbal-Hostil
Situación agresiva	6. Directa-Verbal-Normativa
Situación agresiva	7. Directa-Hostil-Física
Situación agresiva	8. Indirecta-Verbal Elevadora-Status
Situación agresiva	9. Indirecta-Física-Material
Situación agresiva	10. Directa-Verbal-Hostil

INDSCAL (Individual Differences Scaling), desarrollado por Chang y Carroll (1969), tiene como principales características las siguientes: matriz de datos simétrica, 3 vías, 2 modos, escala de intervalo y datos condicionales.

La utilización de dos programas tan diferentes se debe a que se deseaba comprobar si la teoría propuesta se mantenía inalterada bajo distintos modelos, supuestos y formas de entrada de la información.

Resultados

De la tarea de percepción de disimilaridades se obtuvo, para cada sujeto universitario, una matriz simétrica Δ (10×10), donde cada elemento δ_{ij} representa la disimilaridad entre el estímulo i y el estímulo j . Obviamente, la diagonal de la matriz representaría la comparación de los estímulos consigo mismo, por lo que se omitió.

A continuación, con la ayuda de un programa en BASIC, se obtuvo la matriz promedio de disimilaridades ($\bar{\Delta}$), donde cada elemento $\bar{\delta}_{ij}$ representa la disimilaridad media entre el estímulo agresivo i y el estímulo agresivo j para el número total de sujetos.

Con esta matriz promedio se ejecutó el programa MINISSA y de él se derivó, tal y como predecía la hipótesis, la configuración final para 2 dimensiones, con un Stress de 0,24 (Fig. 1). Los círculos negros representan la posición relativa de los episodios agresivos, para la muestra española de sujetos universitarios. Visualmente, no es posible detectar ninguna ordenación ni agrupación significativa o, al menos, no resulta posible interpretar la dimensión I como Motivación y la dimensión II como Forma, o al contrario.

Para fortalecer esta conclusión, se realizaron análisis de Regresión Múltiple, tomando en cada uno de ellos el juicio medio de los sujetos en una escala bipolar como variable criterio, y las coordenadas de

los episodios agresivos como variables predictoras. Este análisis se realizó por medio del programa PROFIT (Chang y Carroll, 1968), incorporado en la serie MDS(x) de Coxon (1981).

De acuerdo con la tabla 2, y teniendo en cuenta los dos criterios de Kruskal y Wish (1978) (RHO , $\beta_j > 0,70$), se desprende que las 2 dimensiones no pueden ser interpretadas mediante las variables de Motivos y Forma. Estos resultados también fueron ratificados mediante el procedimiento «Regression» del sistema SPSS de Norusis (1986).

TABLA 2

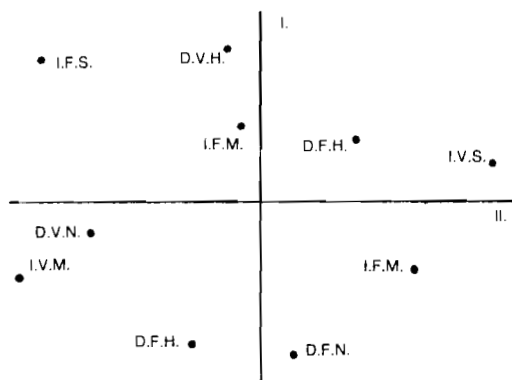
Análisis de Regresión Múltiple para la interpretación del Escalamiento Multidimensional

Dimensiones teóricas	Propiedades (escalas bipolares)	βx		Correlación múltiple (RHO)
		DIM.I	DIM.II	
Forma	Física-Verbal	-0,549	-0,835	0,312*
	Directa-Indirecta	0,162	-0,986	0,479*
Motivos	Prestigio-No prestig.	-0,889	-0,456	0,556*
	Justificada-No justif.	-0,605	0,796	0,290*
	Material-No material	0,957	0,287	0,516*
	Impulsivo-No impulsivo	-0,937	0,348	0,297*
	Natural-No natural	0,614	0,788	0,605*
	Con Objetivo-Sin objetivo	0,594	-0,804	0,296*

* $p > 0,05$

Con el objetivo de comprobar la estabilidad de los resultados obtenidos por el MINISSA y, sobre todo, teniendo en cuenta que Campbell *et al.* (1985) utilizaron un modelo de 3-vías, se retomaron los datos de evaluación de cada situación agresiva en cada escala bipolar y se realizó un análisis INDSCAL (Carroll y Chang, 1970), por medio del programa INDSCAL (Chang y Carroll, 1969), implementado en la serie MDS(X). Para tal motivo los datos fueron transformados, mediante el procedimiento propuesto por Wish y Kaplan (1977), en una matriz de disimilaridad (10×10), para cada escala. La solución bidimensional obtenida mediante el INDSCAL explicó el 26,16 por 100 de la varianza. Además, si se observa el «espacio de escalas» (tabla 3), en donde los pesos de las escalas en las dimensiones se pueden interpretar como coeficientes de correlación parcial, se deduce, nuevamente, que estas dos dimensiones no pueden ser interpretadas en función de las escalas utilizadas. Es decir, que la solución bidimensional de Motivos y Forma no es la más adecuada para explicar la percepción «lega» de los episodios agresivos.

Por último, se replicó este mismo estudio con idéntico procedimiento en una muestra de delincentes encarcelados. La razón de ello era comprobar si dos grupos subculturales distintos perciben de manera distinta un conjunto de episodios agresivos. Los resultados ofrecidos por los programas MINISSA y PROFIT (siendo la varianza explicada del 22,99 por 100 y todos los coeficientes de correlación



D.F.N.: Directa, Física, Normativa. I.F.M.: Indirecta, Física, Material.
D.F.H.: Directa, Física, Hostil. I.F.S.: Indirecta, Física, Status.
D.V.H.: Directa, Verbal, Hostil. I.V.M.: Indirecta, Verbal, Material.
D.V.N.: Directa, Verbal, Normativa. I.V.S.: Indirecta, Verbal, Status.

Figura 1. Solución bidimensional para sujetos universitarios.

TABLA 3

Solución bidimensional para el «espacio de las escalas». INDSCAL

Escalas		Dimensiones	
		I	II
Forma	1. Física	0,2814	0,2994
	2. Directa	0,1473	0,2943
	3. Prestigio	0,3336	0,3441
	4. Justificada	0,4495	0,3693
Motivos	5. Material	0,3371	0,2909
	6. Instrumental	0,3364	0,2711
	7. Normativa	0,4326	0,3939
	8. Con objetivo	0,4310	0,3175

ción múltiples menores que 0,50, respectivamente), nos permiten señalar que la tipología empírica usada por los sujetos encarcelados tampoco es similar a la de Campbell *et al.*

Discusión final

Al evaluar los resultados es importante tener en cuenta que los sujetos eran ingenuos acerca del propósito de nuestros objetivos y, sobre todo, que realizaban las tareas de disimilaridad utilizando las dimensiones que ellos mismos considerasen oportunas, dado que no le dábamos ningún indicio en función del cual evaluar la disimilaridad.

Esto nos permite asegurar que la configuración final obtenida se puede interpretar como un buen reflejo de las dimensiones cognitivas que emplean los sujetos y, por tanto, que los resultados anteriores vuelven a reabrir la controversia en torno a la percepción de la conducta agresiva y a la elaboración de taxonomías sobre la agresión. Los datos con los que contamos en este momento no nos permiten ir mucho más allá del cuestionamiento del modelo propuesto por Campbell *et al.* Sin embargo, y pese a ello, hay una serie de aspectos en torno a esta problemática que nos gustaría comentar.

En primer lugar, parece que la solución bidimensional no es todo lo adecuada que debiera para informar de la percepción que los sujetos mantienen de los episodios agresivos. Quizá en este tema, nos encontremos ante un caso de prejuicio científico o de una excesiva obsesión por el principio de parsimonia. Decimos esto, porque no deja de resultar curioso que una parte importante de los esfuerzos de los psicólogos y científicos sociales parecen ir dirigidos a obtener modelos bidimensionales. Sin lugar a dudas, tanto el principio de la parsimonia como la «elegancia conceptual» son importantes, pero éstos deben combinarse con otros no menos relevantes como puede ser el de la capacidad explicativa. De cualquier modo, los datos obtenidos en este trabajo nos conducen a pensar que la solución bidimensional puede no ser la más pertinente en este caso.

Por otra parte, en nuestro estudio se muestra de forma clara que las dimensiones de motivos y forma

no tienen la capacidad aglutinadora que se había previsto para recoger las diferentes formas de agresión. La percepción y consiguiente valoración de los episodios agresivos no responde a los criterios de motivación y forma, ya que los sujetos parecen recurrir a otros elementos a la hora de juzgar los actos agresivos. En este sentido, el planteamiento de Campbell *et al.* no se ve confirmado por los datos de la presente investigación. Una vez descartada la taxonomía motivos-forma, resulta necesario emprender la tarea de conocer cuáles son las características centrales de los episodios agresivos a los que recurren los sujetos para categorizar y clasificar este tipo de conductas.

Junto a lo anterior hay otro aspecto que conviene tener presente en las futuras investigaciones. Nos referimos a la influencia que el medio cultural tiene en este tipo de conductas. Creemos que resulta bastante ingenuo pensar que resultados que son válidos en un contexto cultural tengan necesariamente que reproducirse en otro medio distinto. Esto nos remite al debate en torno a la influencia de la naturaleza versus cultura en la conducta. Para no extendernos más en esta idea, señalemos simplemente que en el trabajo de Jahoda (1989) se recogen datos de un estudio de Aron y Samir donde muestran en Israel diversos estudios americanos y se encontraron con que 2/3 partes de los resultados no fueron replicados. Esto muestra, a nuestro entender, de forma muy clara la influencia de la cultura, no sólo en el comportamiento de los sujetos, sino en la misma elaboración de las teorías. En vano los científicos, como el resto de los ciudadanos, viven en un tiempo y en un lugar determinados. Por ello, creemos de suma importancia que en un tema como el de la agresión, que parece especialmente sensible a diferencias culturales, se recurra a la utilización de muestras que posean características distintas en esta variable.

Precisamente por el fuerte componente socio-cultural que posee el constructo de la agresión, fue por lo que empleamos el Escalamiento Multidimensional. Esta técnica parece el procedimiento más apropiado para esta tarea, ya que aporta un sistema de recolección de datos (medidas de proximidad entre situaciones sociales agresivas) que hace intrínsecamente significativos los juicios de comparación entre pares de estímulos por no intervenir constructos externos y sesgos por parte del experimentador, adaptándose, de este modo, al contenido cultural de los episodios agresivos.

En definitiva, los datos de nuestro estudio no respaldan el modelo bidimensional de motivos y formas de agresión, y sugieren la necesidad de realización de nuevos estudios en los que se cuente con otras dimensiones para evaluar los distintos episodios agresivos y se utilicen muestras procedentes de medios socio-culturales distintos.

Nota: La ejecución de los programas de ordenador fue realizada en los Servicios Informáticos de Somosaguas con la inestimable colaboración de F. Pescador y J. Zacarías.

Referencias

- Arce, C. (1989a): Tres notas sobre el análisis de datos en Psicología. En *Cognición e Inteligencia* (libro homenaje a Yela, en preparación).
- Arce, C. (1989b): Escalamiento Multidimensional. En J. Arnau (ed.): *Métodos y técnicas de análisis de datos en ciencias del comportamiento* (en preparación).
- Arce, C., y Garling, T. (1989): Multidimensional Scaling, *Anuario de Psicología*, 43, 63-80
- Attili, G., e Hinde, R. A. (1986): Categories of Aggression and their Motivational Heterogeneity: *Ethology and Sociobiology*, 7, 17-27.
- Bandura, A. (1973): *Aggression: A Social Learning Analysis*. Englewood Cliffs, New York, Prentice Hall.
- Blurton, J. N. G. (1972): Categories of Child-Child Interaction. En N. Blurton (ed.), *Ethological Studies of Child Behavior*, 68-84, Cambridge, Cambridge University Press.
- Campbell, A.; Muncer, S., y Bibel, D. (1985): Taxonomies of Aggressive Behavior: A preliminary Report, *Aggressive Behavior*, 11, 217-222.
- Cantor, N. (1981): Perceptions of Situation: Situation prototypes and person-situation prototypes. En D. Magnusson (ed.), *Toward a Psychology of Situations*, 16-31, Hillsdale, New York, Laurence Earlbaum Associates.
- Carroll, J. D., y Chang, J. J. (1970): Analysis of Individual Differences in Multidimensional Scaling Via an N-Way Generalization as «Eckhart-Young» Descomposition, *Psychometrika*, 35, 283-319.
- Chang, J. J., y Carroll, J. D. (1968): *How to use PROFIT, a computer program for property fitting by optimizing non-linear or linear correlation*, Unpublished manuscript, Bell Telephone Laboratories, New York, Murray Hill.
- Chang, J. J., y Carroll, J. D. (1969): *How to use INDSCAL, a computer program for canonical descomposition of N-way tables and individual differences in multidimensional scaling*, Unpublished manuscript, Bell Telephone Labs, New York, Murray Hill.
- Coxon, A. P. M. (1981): *The MDS(X) Series of Multidimensional Scaling Programs*, Edinburgh, University of Edinburgh.
- Eysenck, H. J., y Eysenck, S. B. G. (1964): *Manual of The Eysenck Personality Inventory*, London, University of London Press.
- Feshbach, S. (1974): The relationship of Child-rearing factors to childrens aggression empathy and related positive and negative social behaviors. En J. De Wit y W. W. Hartup (eds.): *Determinants Origins of Aggressive Behavior*, 427-436, The Hage, Mouton.
- Forgas, J. P. (1976): The perception of social episodes: Categorical and dimensional representations in two different social milieus, *Journal of Personality and Social Psychology*, 34, 199-209.
- Forgas, J. P.; Brown, L. L., y Menyhart, J. L. (1980): Dimensions of aggression: The perception of aggressive episodes, *British Journal of Social and Clinical Psychology*, 19, 215-227.
- Henderson, M. (1986): An empirical classification of convicted violent offenders, *British Journal Criminology*, 22, 1-20.
- Jahoda, G. (1986): Nature, Culture and Social Psychology, *European Journal of Social Psychology*, 16, 17-30.
- Jones, R. A., y Joung, R. D. (1973): The structure of intergroup perception: Categories and dimensions in views of ethnic groups and objectives used in stereotype research, *Journal of Personality and Social Psychology*, 25, 428-438.
- Kruskal, J. B., y Wish, M. (1978): *Multidimensional Scaling*, Beverly Hill and London, Sage Publications.
- Lingoes, J. C., y Roskam, E. E. (1973): A mathematical and empirical analysis of two multidimensional scaling algorithms, *Psychometrika Monograph Supplement*, 38, 1-93.
- Moscovici, S. (1963): Attitudes and Opinions. *Annual Review of Psychology*, 24, 231-260.
- Moscovici, S. (1984): The phenomenon of social representations. En J. Farr y S. Moscovici (eds.): *Social Representations*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Neil, S. R. (1976): Aggressive and non-aggressive fighting in 12-13 years old pre-adolescent boys, *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 17, 213-220.
- Norusis, M. J. (1986): *SPSS/PC, Advanced Statistics*, Chicago, IL.: SPSS Inc.
- Osgood, C. E.; Suci, G. J., y Tannenbaum, P. (1957). *The measurement of meaning*, Urbana, IL., University of Illinois Press.
- Perry, D. G., y Perry, L. C. (1974): Denial of suffering in the victim as a stimulus to violence in aggressive boys, *Child Development*, 45, 55-63.
- Rose, A. M., y Press, A. E. (1956): Does the punishment fit the crime? A study in social evaluation, *American Journal of Sociology*, 61, 247-259.
- Schott, F. (1971): What is Aggression? En H. Selig (ed.): *The Making of Human Aggression*, 15-60, New York, St. Martin's Press.
- Sherman, R. C., y Dowdle, M. D. (1974): The perception of crime and punishment: A multidimensional scaling analysis, *Social Science Research*, 3, 109-126.
- Thurstone, L. L. (1928): The method of paired comparisons for social values, *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 21, 384-406.
- Tinklenberg, J. R., y Ochberg, F. M. (1981): Patterns of adolescent violence: A California sample. En D. A. Hamburg y M. B. Trudeau (eds.): *Biobehavioral Aspects of Aggression*, 45-70, New York, Liss.
- Varela, J. (1988): *La percepción de la conducta agresiva. Un análisis multidimensional*, Tesis doctoral, Universidad de Santiago.
- Wish, M., y Kaplan, S. (1977): Toward an implicit theory of interpersonal communication, *Sociometry*, 33, 235-258.
- Wolfgang, M. E., y Ferracutti, F. (1967): *The Subculture of Violence: Towards an Integrated Theory in Criminology*, London, Tavistack.